LIBRO dot.com

MÚSICA Y MACARRONES

LOUISA M. ALCOTT



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com



Entre las pintorescas aldeas que se extienden a lo largo del maravilloso Camino de Corniche, que corre de Niza a Génova, ninguna era más bella que Valrose. Merecía su nombre, pues en efecto era un "valle de rosas". La pequeña aldea, con su iglesia, estaba enclavada entre los olivos hasta las altas montañas purpúreas. Más abajo y naranjos que revestían la colina, alzándose extendíanse los viñedos, y el valle era un lecho de flores durante todo el año. Había hectáreas de violetas, verbenas, resedas y toda clase de capullos de dulce aroma, mientras los setos de rosas y las arboledas de limoneros, con sus blancas estrellas, cargaban el aire con sus penetrantes perfumes. Más allá de la llanura se avistaba el mar azul, que parecía ir en busca del cielo más azul todavía, y que enviaba frescas brisas y suaves lluvias para mantener lozana y hermosa a la aldea de Valrose, aun durante los calores del estío. Solamente una cosa afeaba el hermoso paisaje: la fábrica, con sus altas chimeneas, rojos muros e incesante actividad. Pero unos viejos acebos trataban de ocultar su fealdad; el humo se enroscaba con elegancia desde lo alto de las chimeneas, y los hombres cetrinos conversaban en su idioma musical al andar por el patio de la fábrica. Unas bellas muchachas de ojos negros cantaban, desde las ventanas abiertas, mientras llevaban a cabo su tarea, y todo se llenaba de aromas deliciosos, pues allí las flores eran transformadas en toda clase de perfumes delicados, a fin de perfumar el cabello de grandes damas y los pañuelos de pulcros caballeros en todo el mundo.

Allí eran llevadas en grandes cestas las pobres rosas, violetas, resedas y azahares, con sus hermanas, para entregar sus dulces almas en calientes salas donde ardían fuegos y hervían grandes calderos. Luego las llevaban arriba, para ser aprisionadas por los jóvenes en frascos de todas formas y colores. Ellas les colocaban etiquetas doradas, las acomodaban en delicadas cajas, y las enviaban para aliviar al enfermo, complacer al rico y poner dinero en los bolsillos de los mercaderes.

Muchos niños eran empleados en el trabajo liviano de escardar los canteros, recoger flores y cumplir mandados. Entre éstos, ninguno era más laborioso, feliz ni más querido que Florentino y su hermana Stella. Aunque eran huérfanos, habitaban con la anciana Mariuccia en su casita de piedra cercana a la iglesia, satisfechos con los magros salarios que ganaban, pese a que sus vestimentas eran humildes, y sus alimentos lo constituían ensalada, macarrones, pan de cebada y vino flojo, agregando de vez en cuando algún bocado de carne, cuando el novio de Stella o algún amigo más rico los agasajaba en días de fiesta.

Trabajaban con ahínco y acariciaban sus sueños relativos a lo que harían una vez que ahorraran lo suficiente. Stella se casaría con su Beppo y se instalaría en su hogar propio. Tino era más ambicioso, pues poseía una dulce voz de adolescente y cantaba tan bien durante su trabajo, en los festejos y en el coro, que lo llamaban el "pequeño ruiseñor" y era muy elogiado y mimado, no solamente por sus compañeros, sino por el buen cura que le enseñaba música y los viajeros que solían llegar a la fábrica, y a quienes no se permitía partir hasta que Tino cantaba para ellos.

Todo esto envanecía al muchacho, que esperaba algún día marcharse como Bautista, que ahora cantaba en una hermosa iglesia de Génova y enviaba napoleones de oro a sus ancianos padres. En cuanto a cómo obtener esto, Tino no tenía la menor idea, pero alegraba su labor con toda clase de planes alocados y cantaba lo mejor posible durante la Misa, en la esperanza de que algún forastero lo oiría y se lo llevaría tal como el Signor Pules " se había llevado a Tista, cuya voz, según decían todos, no era tan maravillosa como la suya ni mucho menos. Sin embargo, nadie venía y a los trece años Tino seguía trabajando en el valle. Era un muchacho feliz, que cantaba todo el día mientras llevaba de un lado a otro su fragante carga, comía bajo los árboles su cena de pan y habas fritas, y de noche dormía como un lirón sobre su paja limpia en el granero de Mariuccia, con la luna como lámpara y el calor del verano como manta.

Un día de setiembre, en que aventaba semillas de reseda en un rincón tranquilo del vasto jardín, pensaba en sus esperanzas y planes y practicaba el último cántico enseñado por el padre Angelo, mientras sacudía y sostenía en alto el cernidor, a fin de que el viento se llevara las cáscaras, dejando las semillas pardas.

Súbitamente, cuando concluía su lección con una nota clara que pareció elevarse y apagarse suavemente en la distancia, como la voz de un ángel en el aire, lo sobresaltó un aplauso. Al volverse, vio sentado en el tosco banco, a sus espaldas, a un caballero bien vestido, bien plantado y sonriente, que volvió a palmotear con sus blancas manos antes de exclamar:

-¡Bravo, hijo mío; lo hiciste muy bien! Tienes una voz magnífica; vuelve a cantar.

Pero por el momento Tino, demasiado avergonzado, no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente al desconocido, con una mezcla de confusión, placer y timidez.

-Vamos, amiguito, cuéntame todo. ¿Quién te enseñó tan bien? ¿Por qué estás aquí y no dónde deberías estar, aprendiendo a utilizar tu garganta para ganar fama y dinero? -agregó el caballero, siempre sonriente.

El corazón de Tino se puso a latir con fuerza al pensar: "Quizás haya llegado, por fin, mi oportunidad ... Debo aprovecharla al máximo". Por eso tomó coraje y contó su historia. Cuando hubo concluido, el desconocido asintió diciendo:

-Sí; tú eres el "pequeño ruiseñor" de quien hablaban en la hostería... Vine en tu busca. Ahora cántame algo alegre, alguna de vuestras canciones populares. Esas son las más adecuadas para ti.

Ansioso por aprovechar al máximo tal oportunidad, Tino cobró valor y cantó con la soltura de un pájaro en la rama, interpretando una tras otra las barcarolas, serenatas, baladas y canciones de bebedores aprendidas de quienes lo rodeaban. El caballero escuchó, rió y aplaudió como si estuviera satisfecho, y cuando Tino -se detuvo para tomar aliento, aprobó con mayor entusiasmo que la primera vez y dijo, con su cautivadora sonrisa:

-Eres de veras una maravilla, y aquí estás desperdiciando tus dones. Si te tuviera, haría de ti un hombre y llenaría de dinero tus bolsillos en cuanto abrieras la boca.

Los ojos de Tino centellearon al oír hablar de dinero, pues por más agradables que fueran los elogios, la idea de tener los bolsillos repletos lo complacía, de modo que se apresuró a preguntar:

-¿-De qué manera, signor?

-Bueno... -repuso el desconocido, acariciándose la nariz con un capullo de rosa recogido al pasar-. Te llevaría a mi hotel de Niza; te haría bañar, cepillar y acicalar un poco; te vestiría con un traje de terciopelo, con cuello de encaje, medias de seda v zapatos con hebilla: te enseñaría música, te alimentaría bien, y en cuanto estuvieras en condiciones para ello, te llevaría conmigo a los salones de la gente importante, dónde doy conciertos. Allí cantarías esas canciones tan alegres, y serías mimado, elogiado y cubierto con bombones, francos, y acaso besos... pues eres un lindó muchacho, y esas damas de alcurnia y ociosos caballeros están siempre dispuestos a recibir a un nuevo favorito. ¿No te gusta esa clase de vida más que esta? Si la quieres, será tuya.

Los ojos negros de Tino brillaron; sus mejillas oscuras se colorearon, y sus dientes blancos resplandecieron cuando rió y exclamó con un ademán:

-¡Mío Dio! ¡ Claro que sí, sígnor! Estoy harto de este trabajo; anhelo cantar, ver el mundo, ser mi propio amó, y demostrar a Stella y a la vieja que soy bastante grande como para actuar por mi cuenta... ¿ Lo dice en serió? ¿ Cuándo puedo ir? Ya estoy listo; sólo me hace falta ponerme mi traje de fiesta e ir en busca de mi guitarra.

-¡Muy bien! Eres un joven animoso. ¿Y una guitarra también? Bravo, mi pequeño trovador; haremos sensación en los salones y no tardaremos en llenarnos los bolsillos... Pero no corre prisa, y conviene consultar a tus amigos, de lo contrario podrían surgir inconvenientes. Yo no robo ruiseñores; los compro, y daré a esa anciana, sea quien sea, más dinero del que podría ganar en un mes. Fíjate; yo también soy cantante, y esto lo gané en Génova en una semana...

Diciendo esto, el Signor Mario sacó de un bolsillo una cartera bien repleta, y del otro un puñado de monedas de oro y plata, que hizo tintinear ante los ojos admirados del muchacho.

-¡Vamos! -gritó éste, arrojando al suelo el cernidor, cómo si se despidiera para siempre del trabajo-. Stella está hoy en casa; vamos ahora mismo a ver a Mariuccia... no queda lejos, y cuando se enteren de tan hermosos planes, sin duda me dejarán ir de buen grado.

Y, cruzando los campos en flor, salieron del patio, subieron la empinada calle y entraron en la cocina donde la linda hermana de Tino comía alcachofas con pan, mientras la anciana hacía girar su rueca bajó el sol. Ambas estaban habituadas a los forasteros, pues la casita era pintoresca cómo un nido de pájaros entre parras e higueras, con un vistoso terreno sembrado de flores por delante. Por eso los viajeros solían ir a probar la miel de Mariuccia, cuyas abejas producían panales colmados con la dulzura extraída a las violetas y las rosas, y guardada en cajitas de cera hechas por obreras más hábiles que las de la fábrica.

Las dos mujeres escucharon respetuosamente el plan expuesto por el Signor Mario de manera tan amable, y Stella quedó muy impresionada por la perspectiva que se abría para su hermano. Pero la sabia anciana sacudió la cabeza negativamente, y declaró con decisión que el muchacho era todavía demasiado joven para abandonar su hogar. El padre Angelo le enseñaba bien; estaba seguro y feliz en su casa, y allí debía permanecer, puesto que ella había jurado por todos los santos a su madre moribunda, que lo cuidaría como a "la niña de sus ojos" hasta que estuviera en edad de cuidarse solo.

En vano Mario agitó su cartera ante sus ojos; en vano rogó Stella y rabió Tino: la bondadosa anciana no quiso ceder, por más que le hacía falta dinero, quería a Stellay le disgustaba desilusionar al muchacho, que era en verdad la niña de sus ojos. En la pequeña habitación tuvo lugar una escena agitada, pues todos hablaban al mismo tiempo, gesticulaban como locos y se excitaban sobremanera durante la discusión, pe-

ro no hubo nada que hacer, y el Signor Mario partió furioso. Mariuccia quedó con su rueca, severa como el destino; Stella deshecha en lágrimas, y Tino tan furibundo que sólo pudo correr al granero y echarse en su tosco lecho, donde pataleó, sollozó y se mesó los cabellos, deseando que diez mil terremotos se tragaran a esa cruel anciana en un instante.

Stella fue a implorarle que se tranquilizara y comiera su cena, pero él corrió el cerrojo de madera y se negó a dejarla entrar, diciendo con severidad:

-Jamás bajaré, hasta que Mariuccia acceda a mi partida. Antes moriré de hambre. No soy un niño para que me traten así... Vete y déjame solo; ¡las odio a las dos!

Apenada, la pobre Stella se retiró; y como todos sus ruegos no lograron modificar la decisión de su tutora, fue a consultar al padre Angelo. Este coincidió con la anciana en que era preferible tener al muchacho a salvo en su casa, puesto que no sabían nada del caballero desconocido ni de lo que podía ocurrirle a Tino si abandonaba el amparo de su humilde hogar y sus amigos.

Sumamente desilusionada, Stella fue a rezar con devoción en la iglesia. Después se encontró con su Beppo y no tardó en olvidar al pobre muchachito, que llorando se había quedado dormido sobre su paja.

Cuando despertó, la casa se hallaba en silencio. No brillaba luz alguna en las ventanas de los vecinos, y todo estaba tranquilo, salvo los ruiseñores que cantaban en el valle. La luna estaba alta, y su amistosa cara se asomaba por la ventana, tan luminosa que el muchacho se sintió consolado y se quedó contemplándola mientras meditaba. Algún espíritu malvado, algún travieso Puck empeñado en hacer travesuras, debía andar suelto, aquella noche, pues en la cabeza de Tino surgió súbitamente una idea espléndida... o por lo menos, así lo creyó él, que en su rebelde estado de ánimo la halló tanto más tentadora cuanto que el peligro y la desobediencia formaban parte de ella.

¿Por qué no huir? El Signor Mario no partiría hasta la mañana siguiente... Con facilidad, Tino podría escabullirse temprano y reunirse con el amable caballero en las afueras de la aldea. Así aprenderían esas mujeres que él, Tino, tenía voluntad propia, y que no se lo debía tratar nunca más como a un niño. Ellas se llevarían un buen susto, la población de la aldea se alborotaría, y así su gloria sería mayor cuando regresara con dinero de sobra para lucirse con su traje de terciopelo y medias de seda... Sería famoso y no se dejaría insultar ni sujetar a las faldas de ninguna vieja.

Cuanto más lo pensaba, tanto más le gustaba la idea, que resolvió llevar a la práctica, pues los hermosos relatos escuchados lo ponían más insatisfecho aún con su vida de entonces, sencilla y despreocupada. Se levantó, y a la luz de la luna sacó su mejor traje del viejo cofre. Con cautelosos movimientos, se puso los pantalones y la chaqueta de áspera tela azul; la tosca camisa de lino, la faja roja y las sandalias de cuero rojizo cuyas correas le rodeaban las piernas hasta la rodilla. Envolvió en un pañuelo unas cuantas ropas con su rosario, y dispuso el pequeño envoltorio junto con su sombrero de salida, uno de ala ancha y copa en punta, con una banda roja y una pluma de gallo a manera de adorno.

Después se sentó junto a la ventana a la espera de la madrugada, temeroso de dormirse y llegar tarde. La noche le pareció interminable, pues era la primera que pasaba despierto, pero por fin aparecieron unos trazos rojos al Este, y entonces se acercó a la puerta, con la intención de bajar en silencio, apoderarse de un buen pedazo de pan y una botella de vino, y escabullirse mientras las mujeres dormían.

Para su consternación, descubrió que la puerta estaba atrancada por fuera. El valor lo había abandonado un poco al llegar el momento de la acción, pero este nuevo insulto lo enfureció de nuevo, de manera que todo impulso razonable se disipó en un

instante.

-Así que piensan tenerme encerrado, no? ¡Pues vean cómo me burlo de las muy tontas! Como nunca me han visto bajar por la higuera, suponen que estoy bien seguro. Ahora me iré y dejaré que se arranquen los cabellos y lloren por mí en vano.

Después de arrojar fuera su envoltorio y bajar con cuidado su vieja guitarra, Tino se asomó por la ventanita, se tomó de la rama más cercana del árbol inclinado hacia la pared y descendió con la agilidad de una ardilla. Deteniéndose solamente para recoger varios racimos de uvas maduras de la parra que crecía junto a la puerta salió por el jardín y se alejó corriendo por el camino, rumbo a Niza, a toda la velocidad de sus piernas.

Recién al llegar a la cima de una larga colina, a un kilómetro de distancia, disminuyó su paso. Allí se tendió a descansar bajo unos olivos, y comió sus uvas mientras contemplaba la salida del sol. Los viajeros solían partir temprano de la hostería Falcone, a fin de aprovechar la frescura matinal. Por lo tanto, Tino sabía que el Signor Mario no tardaría en aparecer; y cuando los caballos se detuvieron a descansar en la cima de la colina, el "pequeño ruiseñor" se presentaría de manera tan inesperada, como si hubiera caído del cielo.

Pero el Signor Mario era un hombre perezoso de modo que Tino tuvo tiempo de ponerse febril con la expectativa, las dudas y el temor, antes que el ruido de ruedas acariciara sus oídos ansiosos. Sí; era el maravilloso forastero, que leía diarios y fumaba al pasar, sin fijarse en la belleza que lo rodeaba, y ciego también a la súbita aparición de una pintoresca figurita .junto al camino, cuando el carruaje se detuvo. Y aun cuando miró, no reconoció al harapiento Tino en ese mendigo bien vestido, como lo supuso, que descalzo y sonriente se le acercaba, con el sombrero en una mano, el hatillo en la otra y la guitarra colgada a la espalda. Agitó la mano como para decirle : "No tengo nada para ti", y se disponía a ordenar al cochero que siguiera, cuando Tino gritó audazmente:

-¡Míreme, signor! Soy Tino, el cantor de Valrose. Escapé para reunirme con usted, si así lo desea. ¡Lléveme, por favor ! Deseo tanto ir con usted...

-¡Bravo! -exclamó Mario, complacido-. Eres un joven animoso, y me alegro de que vengas conmigo. Como ya te dije allá, no robo ruiseñores, pero si vuelan de sus jaulas y se posan so bre mi dedo, los conservo. ¡Arriba, muchacho! No hay tiempo que perder.

Y allá fue el feliz Tino que, acomodándose junto con su propiedad en el asiento opuesto, entretuvo a su nuevo amo con un animado relato de su fuga. Mario rió y lo elogió; Luigi, el criado, sonrió escuchando desde el pescante, y el cochero resolvió contar lo sucedido en la hostería Falcone, cuando se detuviera allí de regreso a Génova, para que los amigos del muchacho se enteraran de su suerte.

Al cabo de una breve conversación, el Signor Mario volvió a sus periódicos, y Tino, fatigado por su prolongada vigilia y su veloz carrera, apoyó la cabeza en el hatillo y no tardó en quedarse dormido, acunado por el movimiento del carruaje al avanzar por el camino liso.



Cuando despertó, el sol estaba alto, el carruaje se hallaba detenido frente a un albergue caminero, el cochero y sus caballos se habían ido a comer, el amo estaba en el jardín, tendido bajo unos árboles, mientras Luigi acomodaba sobre el pasto el contenido de una bien provista mochila, que habían traído consigo puesto que el señor Mario sabía cuidar de su propia comodidad. El ver esa comida atrajo a Tino, que se presentó con su más conquistadora sonrisa. Como estaba de buen humor, el nuevo amo invitó al muchachuelo a que se sentara a comer, lo que éste hizo... con tan buen apetito, que el pollo mechado, el melón, el vino y el pan desaparecieron como por arte de magia. Ningún alimento había resultado tan sabroso para el niño que regocijado por la perspectiva de tener comida de sobra, fue a jugar con el cochero, mientras los caballos descansaban y Mario dormía la siesta sobre el pasto.

Cuando volvieron a partir, Tino recibió su primera lección de música del nuevo maestro, quien quedó complacido al comprobar que captaba con rapidez la melodía de una canción de los gondoleros venecianos, que cantó muy bien. Después, Tino tocó la guitarra y entretuvo a sus oyentes con todas las canciones que sabía, desde cánticos

religiosos hasta canciones de taberna. Mario le enseñó a sostener con elegancia su instrumento, a, pronunciar unas cuantas frases corteses y a sentarse de manera decorosa en vez de hacerlo con torpeza.

Así transcurrió la tarde, y al crepúsculo llegaron a Niza. A Tino le pareció una ciudad encantada, al acercarse a ella desde la suave quietud campestre. El mar acariciaba suavemente la playa y reflejaba las luces de la Promenade des Analais. Después venía un semicírculo de brillantes hoteles; detrás de ellos, el resplandor de las villas distribuidas en la ladera, y que brillaban como luciérnagas entre jardines y naranjales; y aún más arriba, las estrellas lucían en el cielo violeta. Pronto saldría la luna, que colgaría como una enorme lámpara desde aquella bóveda espléndida, convirtiendo con su luz al mar y la costa en un mundo mágico. Tino palmoteó y miró a su alrededor con todo el placer de su raza amante de la belleza, a medida que transitaban por las calles pintorescas y se detenían frente a uno de los mejores hoteles.

Allí Mario adoptó una actitud señorial y fue conducido al departamento pedido desde Génova. Tino lo siguió con docilidad, y Luigi cerraba la marcha con el equipaje. Tino tuvo la sensación de haber entrado en un cuento de hadas, cuando se encontró en una espléndida sala, donde lo único que pudo hacer fue sentarse y mirar a su alrededor mientras su amo se refrescaba en la habitación contigua y el criado pedía la cena. Al muchacho le ofrecieron para dormir un gran aposento, con colchón y manta, una jofaina y un jarro, y unas cuantas perchas para colgar la ropa. Pero comparado con el granero aquello le pareció lujoso, y una vez que se lavó la cara, se sacudió el polvo y se alisó los rizos como pudo, volvió a la sala para gozar de una cena como nunca la había comido antes.

Como Mario estaba de buen humor y ansioso por mantener de la misma manera al muchacho, lo atiborró de manjares, promesas y elogios, de los que tanto halagaban su vanidad. Tino se acostó temprano, seguro de que su fortuna estaba hecha, mientras su amo iba a entretenerse en una mesa de juegos, pues tal era su pasatiempo favorito.

Al día siguiente dio comienzo la nueva vida. Después de un desayuno tardío, tuvo lugar una lección de música que interesó tanto como consternó a Tino, pues. su amo era mucho menos paciente que el buen padre Angelo, y lo insultaba cada vez que demoraba en aprender una nueva melodía. Cuando concluyó, ambos quedaron fatigados y más bien irritados, pero Tino olvidó con prontitud los tirones de orejas y los regaños, cuando Luigi lo acompañó a comprar el traje de terciopelo y los numerosos artículos necesarios para el joven trovador.

Era un día maravilloso, y la ciudad bullía con la actividad habitual durante la temporada. Pescadores de rojos gorros zarpaban con sus botas desde la playa; las floristas salían de lo-. jardines con sus fragantes cargas para venderlas en la Promenade, donde los inválidos se calentaban, las enfermeras llevaban a jugar a sus sonrosadas huestes, las damas elegantes se paseaban, y hombres de todas las naciones iban de un lado a otro a determinadas horas. En la parte más antigua de la ciudad, se llevaban a cabo trabajos de toda clase: los tallistas en coral colmaban sus escaparates de vistosos adornos; los confiteros tentaban con sus golosinas; los sombrereros exhibían su mercancía recién llegada de París, y los comerciantes turcos ofrecían lujosas alfombras. Repicaban las campanas de la iglesia; los sacerdotes recorrían las calles en su santa misión con incienso y estandartes; los Pifferoni ejecutaban alegres marchas; naranjeras y vendedores de castañas ofrecían su mercancía con voces musicales, y hasta los mozalbetes que andan fregando vasijas convertían en una canción su grito: ¡Caserola!

Tino, que lo pasaba maravillosamente bien, apenas pudo creer a sus sentidos cuando vio que le compraban una cosa hermosa tras otra, para ser enviadas a su casa.

No solamente el traje, sino dos camisas con volantes, una corbata carmesí para el cuello de encaje, una ancha cinta nueva para la guitarra, pañuelos, medias y elegantes zapatos, como si fuera el hijo de un gentilhombre. Cuando Luigi agregó un pequeño manto y un sombrero tal como lucían otros muchachos bien vestidos de su misma edad, Tino exclamó:

-¡También esto! Mio Dio, nunca conocí hombre tan bondadoso como el Signor Mario. Lo serviré bien y lo querré mejor que usted.

Luigí se encogió de hombros al responder con desagradable risa:

-Que pienses así durante mucho tiempo, poverino. Yo lo sirvo por dinero y no por cariño, y me ocupo de cobrar mi salario, de lo contrario nos llevaríamos mal. Guarda todo lo que puedas conseguir, muchacho; nuestro amo suele olvidar a sus servidores.

Tino, a quien no le agradó la mirada, medio burlona y medio compasiva que le echó Luigi, se preguntó por qué no querría al buen signor. Más tarde lo descubrió, pero por el momento todo le parecía maravilloso, y un almuerzo en un café completó los deleites de aquella prolongada mañana.

Cuando volvieron, hallaron vacías las habitaciones. Luigi dejó solo a Tino durante varias horas, recomendándole que no hiciera travesuras. Pero él se entretuvo en grande examinando las maravillas que contenía el departamento, recibiendo los preciosos paquetes a medida que llegaban, practicando su nueva reverencia ante el espejo largo, y comiendo las nueces adquiridas en la calle a una anciana jovial.

Después fue a descansar en la galería situada al frente del hotel, desde donde observó la animada escena de abajo hasta que, a la puesta del sol, los paseantes volvieron a cambiarse para la cena. Sintiendo una súbita nostalgia al pensar en Stella, Tino fue en busca de su guitarra y cantó las viejas canciones, para aliviar su soledad.

Apenas concluyó la primera, cuando cinco cabecitas aparecieron una tras otra en una ventana, más abajo de la galería, y poco después un grupo de simpáticos niños sonreía y aplaudía las canciones del muchacho. Se asomó un caballero, y evidentemente una dama escuchaba, pues la punta de un volante de encaje sobresalía de la ventana, y unas manos blancas palmotearon cuando él concluyó una alegre melodía con su mejor estilo.

Esta fue la primera vez que probó el aplauso, que le gustó tanto que siguió tocando con animación, hasta que la voz de su amo lo llamó, en el preciso momento en que comenzaba a responder a las preguntas formuladas por los niños.

-Ve a vestirte. .. No tardaré en llevarte conmigo a cenar. Pero ten esto en cuenta, yo contestaré a las preguntas; tú te quedarás callado y dejarás que yo diga lo que considere mejor. Recuérdalo o te envío enseguida a tu casa...

Tino prometió y no tardó en verse absorbido por la tarea de ponerse sus ropas nuevas. Luigi acudió a ayudarlo; y cuando quedó listo, un jovencito muy bien plantado salió del aposento para ofrecer su mejor reverencia a su amo, quien, también ataviado con elegancia, lo observó con aprobación total.

-¡Muy bien! Ya me parecía que serías una mariposa aceptable una vez que dejaras tu piel de gorgojo. Ponte de pie y no lleves las manos a los bolsillos ... Recuerda no hacer ruido al tomar la sopa, y no manejes el tenedor como si fuera una pala. Fíjate en lo que hacen los demás, sonríe y contén la lengua... Ya suena la campana; vamos.

El corazón de Tino latía con rapidez al seguir a Mario por el largo pasillo hasta la vasta salle a manger con su resplandeciente mesa y muchos huéspedes. Pero reconfortado por la sensación de sus ropas nuevas, mantuvo la cabeza erguida y las puntas de los pies hacia afuera, al ir a ocupar su sitio, tratando de disimular lo nuevo y deslumbrante que todo aquello le resultaba.

Frente a él estaban sentadas dos ancianas, una de las cuales dijo a la otra en italiano

deficiente:

-Fíjate en ese muchacho tan encantador, María... Me agradaría pintarlo.

Y la otra respondió

-Seremos amables con él, y así quizás lo consigamos como modelo. Es lo que me hace falta para un pequeño San Juan...

Tino les sonrió hasta que le chispearon los ojos negros y brillaron sus blancos dientes, pues comprendía sus elogios y gozaba de ellos. Las artísticas damas le devolvieron la sonrisa y lo observaron con interés, mucho después de que él las olvidara, pues aquella cena era para él un asunto serio: tenía que manejar una cuchara y un tenedor de plata, desplegar una servilleta, y evitar volcar tres copas, pues se sentía muy torpe.

Todos los demás estaban demasiado ocupados para notar sus errores, y las damas los atribuyeron a su timidez, puesto que enrojeció y no se atrevió a levantar la mirada después de volcar la sopa y dejar caer un panecillo.

Mientras aguardaba el postre no tardó en olvidar sus preocupaciones, al oír algo que Mario decía a su vecino del otro lado:

-Un pobre muchacho a quien hallé muerto de hambre en las calles de Génova... Tiene voz, Yo tengo corazón y adoro la música. Lo tomé a mi cuidado y haré cuanto pueda por él... ¡Ah, sí! En este mundo egoísta no se debe olvidar a los desvalidos ni a los pobres.

Tino quedó extrañado, preguntándose a qué otro muchacho habría adoptado el bondadoso caballero. Pero más perplejo quedó cuando Mario se volvió hacia él con aire paternal para agregar en ese tono piadoso que tan novedoso resultaba para el niño

-Este es mi amiguito que con mucho gusto vendrá a cantar para las señoritas después de la cen a ... Muchas gracias por el honor: lo llevaré a mis conciertos de salón, y así lo prepararé poco a poco. ¡Rápido, inclínate y sonríe!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un penetrante susurro, de modo que Tino obedeció con un brusco movimiento de cabeza. Los rizos le cayeron sobre los ojos, y él río de manera tan espontánea al apartarlos, que el caballero lo miró riendo también, y las damas sonrieron con simpatía al acercarle un plato con bombones. Mario le echó una mirada indulgente y prosiguió en el mismo tono, contando todo lo que pensaba hacer, hasta que el bondadoso caballero de Roma quedó muy interesado, pues tenía hijos propios y gustaba de la música.

Tino escuchó los hermosos relatos referentes a él mismo, y esperó que nadie le preguntara por Génova, pues con seguridad revelaría no haber estado nunca allí, porque no sabía mentir con tanta soltura como Mario. Se sentía un poco semejante a la anciana que no sabía si era ella misma o no, pero se consoló sonriendo a las damas y dando cuenta de un plato colmado de bizcochitos que tenía cerca.

Cuando se pusieron de pie, Tino hizo su reverencia, y Mario se alejó por el pasillo con una mano apoyada en el hombro del muchacho y un aire amistoso muy convincente para los espectadores, que al punto iniciaron sus comentarios acerca del lindo muchacho y su bondadoso protector. Ese era precisamente, el efecto buscado por el astuto caballero.

En cuanto se perdieron de vista, Mario cambió de actitud : ordenando a Tino que se sentara a digerir su comida, pues de lo contrario no podría cantar ni una nota, salió a la galería a fumar hasta que llegó un criado para conducirlos al salón del conde Alberghetti.

-Escúchame bien, muchacho; harás exactamente lo que te digo, o te soltaré como a una castaña caliente para que vuelvas a tu hogar como puedas -susurró Mario cuando se detuvieron en el umbral.

-Lo haré, signor, lo haré sin falta -murmuró Tino, atemorizado por el resplandor de los ojos negros de su amo y el apretón de su mano al empujarlo.

Entraron, y por espacio de un momento, Tino apenas percibió una vasta sala iluminada y llena de personas que lo miraban mientras se hallaba allí de pie junto a Mario, con la guitarra al hombro, las mejillas rojas y el corazón tan agitado, que estaba seguro de no poder cantar jamás en ese sitio. El amable dueño de casa acudió a recibirlos y presentarlos a un grupo de señoras, mientras una bandada de niños se acercaba para mirar y escuchar al "simpático cantor genovés".

Después de agradecer con sus mejores modales, Mario inició el concierto con una pieza grandiosa ejecutada en el piano, probando que era un excelente músico, aunque Tino ya empezaba a suponer que no era tan bondadoso como deseaba aparentar. Luego cantó varias arias de óperas, y Tino olvidó lo demás escuchando con deleite la voz suave de su amo, pues amaba la música y era la primera vez que oía algo semejante.

Cuando le llegó su turno, Tino había perdido su timidez inicial, y pese a que tenía los labios resecos y el aliento entrecortado, y a que golpeó torpemente la guitarra contra el piano al disponerla para tocar, la curiosidad de los niños y el bondadoso interés de las damas le dio valor para comenzar con "Bella Mónica"; la más fácil de sus canciones, así como la más alegre. Le salió bien y con cada verso su voz se fue haciendo más clara, su mano más firme, y sus ojos llenos de placer juvenil al saberse capaz de complacer.

Tuvo éxito, y cuando concluyó con un sonoro tañido, y envió un beso con la mano al público, tal como solía hacer en su aldea natal, todos aplaudieron con entusiasmo, y los caballeros exclamaron:

-¡Bravo, piecolo! En verdad, canta como un pequeño ruiseñor. ¡Otra, otra !

Estos eran dulces sonidos para Tino, que no se hizo rogar para cantar "Lucía" con su voz más suave. Al verlo cantar con los ojos piadosamente levantados, tal como le enseñara Mario, una joven comentó:

-¡Parece un ángel de Murillo!

A esto siguió una imponente marcha ejecutada por el maestro, mientras Tino reposaba, para luego continuar con más canciones populares y concluir con un aire nacional en el cual tomaron parte todos, como italianos patrióticos y entusiastas, haciendo retumbar la sala con el coro musical: "¡Viva Italia!"

Ante esto, Tino perdió por completo la cabeza y se puso a bailotear como si la música se le hubiera ido a los talones. Antes de que Mario pudiera impedírselo, estaba demostrándole a una de las niñas cómo bailar el Saltarello como los campesinos durante el Carnaval, y todos los niños brincaban con alegría sobre el piso lustrado, mientras Tino saltaba y tocaba como un joven fauno del bosque.

Los mayores rieron y gozaron del atrayente espectáculo, hasta que aparecieron fuentes con helados y bombones y la pequeña fiesta concluyó con la distribución general de las golosinas tan gustadas por todos los niños. Tino oyó que su amo recibía las felicitaciones de los presentes, y vio que el dueño de casa le deslizaba un papel en la mano, pero, como niño que era se contentó con un puñado de dulces y la invitación de sus pequeños amigos para que volviera pronto. De tal manera salió de la sala, después de marearse con reverencias y tropezar con una mesa de mármol de la manera más dolorosa.

-Bueno, ¿ qué te parece la vida que te prometí? ¿Es tan buena como dije? ¿Comenzaremos a llenarnos los bolsillos y aprovechar, aún antes de lo que yo suponía? -preguntó Mario, palmeándole el. hombro de manera bonachona, al llegar de vuela a su departamento.

-¡Es espléndida! ¡Me gusta mucho, mucho! Y le agradezco de corazón -exclamó Tino, besando agradecido aquella mano que podía propinar fuertes coscorrones, así corno caricias, según iban las cosas para su dueño.

-Te portaste bien, mejor aún de lo que yo esperaba, pero en algunas cosas debes mejorar...

Hay que enseñar a esas piernas a quedarse quietas, y cuando estés entre gente de alcurnia, no debes olvidar que eres un simple campesino. Hoy todo pasó muy bien, porque se trataba de niños, pero en ciertos sitios me habrías puesto en situación comprometida... Cuántas cabriolas! Pero por un momento, cuando bailaste con la pequeña condesa, temí que la besaras.

Mario rio, mientras Tino, ruborizado, tartamudeaba:

-Pero, signor, es que era tan pequeña, no tenía más de diez años, y no pensé hacer daño alguno al sostenerla sobre ese pico tan resbaladizo. Fíjese; me regaló todo esto y me invitó a volver... De buena gana la habría besado pues se parecía mucho a la pequeña Annina, de mi aldea.

-Bueno, bueno, no ocurrió nada malo, pero ya veo que las lindas morenitas de tu región te han acostumbrado mal y tendré que vigilar de cerca a mi galante trovador... Y ahora a la cama, y no vayas a enfermarte con tantas confituras. ¡Felice notte, Don Juan!

Y Mario se alejó dispuesto a perder en el juego hasta el último franco del dinero entregado por el generoso conde "para el pobre niño".

Aquél fue el principio de una vida nueva maravillosa para Tino, que durante dos meses fue muy feliz y estuvo muy atareado, de modo que solamente sentía nostalgias del hogar de tanto en tanto, cuando Mario estaba irritado o Luigi descargaba sobre él más trabajo del que le correspondía. Los conciertos de salón iban bien, y el ruiseñor no tardó en ser el favorito de muchos públicos. Noche tras noche, Tino cantaba y tocaba, era mimado y elogiado, y luego trotaba de vuelta a casa para soñar febrilmente con nuevos deleites, pues aquella vida excitante estaba echando a perder con rapidez al muchacho sencillo que solía ser tan alegre y trabajador en Valrose. Cuanto más tenía, más quería, y pronto se volvió descontentadizo, celoso e irritable. Tenía motivo para quejarse por algunas cosas, puesto que jamás llegaba a sus manos nada del dinero ganado, y cuando cobró valor para pedir la parte prometida, Mario le aseguró que hasta ese momento, apenas se ganaba su alimento y sus ropas. Entonces Tino se rebeló y recibió una tunda, que por fuera le volvió manso como un cordero, pero que por dentro hizo de él un muchacho muy resentido y desdichado, y que le estropeó todo su gusto por la música y sus éxitos.

Durante todo el día veíase descuidado, y abandonado para hacer lo que quisiera hasta la noche, cuando lo necesitaban. De tal manera, se entretenía paseándose por el hotel o por la playa, donde contemplaba a los pescadores al echar sus redes. El haragán de Luigi lo obligaba a cumplir mandados cada vez que podía, pero durante horas el muchacho no veía al amo ni al criado, y se preguntaba dónde estarían. Por fin lo averiguó, y así quedó disipado su sueño de fama y fortuna.

La semana de Navidad fue alegre para todos. Tino creyó que habían vuelto los buenos tiempos, pues cantó en todas las fiestas infantiles, recibió varios regalos hermosos de los Alberghetti, y hasta Mario llegó a tener la amabilidad de darle un Napoleón de oro, cuando tuvo suerte con las cartas. Ansioso por demostrar a su gente que le iba bien, Tino pidió a Antoine, el amistoso camarero que ya había escrito una carta a Stella de su parte, que escribiera otra y enviara por medio de un amigo que pasaría por allí. un pequeño envoltorio con dinero para Mariuccia, una preciosa faja romana para Stella, y muchos mensajes afectuosos para todos sus antiguos amigos.

Menos mal que tuvo esa pequeña satisfacción, pues aquella fue su última oportunidad de enviar buenas noticias o gozar de su gran éxito. El año nuevo trajo penas consigo; en una semana, nuestro pobre pajarillo vióse deshojado de todas las plumas ajenas y quedó abandonado.

El andar de noche, tarde, con medias de seda, y mojarse más de una vez con las lluvias infernales, provocó a Tino un fuerte resfrío. Como nadie se lo cuidó, no tardó en quedar ronco como un cuervo. Pese al dolor que experimentaba, su amo lo obligó a cantar varias veces, y cuando, durante el último concierto, se vio obligado a abandonar, Mario lo trató de "mocoso inútil" y empezó a hablar de ir- a Milán en busca de un nuevo grupo de cantantes y clientes. De haber sido mayor, Tino ya habría descubierto antes que el Signor Mario estaba perdiendo apoyo en Niza, pues casi nunca pagaba sus deudas y llevaba una vida muy alegre y extravagante. Pero como no era más que un niño, Tino veía solamente sus propias penurias, y nada sospechó cuando un día Luigi envolvió su traje de terciopelo y se lo llevó, "para unos arreglos", según dijo. Es verdad que estaba raído, de manera que Tino, acostado en el sofá con jaqueca y tos, se alegró de que nadie le ordenara ponérselo y salir, pues soplaba el

viento norte y él anhelaba el té de hierbas de la vieja Mariuccia y los cuidados de Stella, dado que ya se sentía bastante enfermo.

Aquella noche, mientras permanecía. despierto en su aposento, febril, inquieto y tosiendo, oyó moverse a su amo y Luigi hasta tarde, evidentemente preparando las valijas para viajar a París o a Milán. Tino se preguntó si esas ciudades le gustarían más que Niza, y deseó que no estuvieran tan lejos de Valrose. En medio de sus meditaciones, se quedó dormido, y despertó de mañana. Entonces se apresuró a levantarse, para ver cuál sería el orden del día. más bien complacido por la idea de viajar por el mundo.

Para su sorpresa, no apareció desayuno alguno; la pieza estaba en confusión; había desaparecido todo rastro de Mario, salvo unas botellas vacías y una larva cuenta impaga, abandonada sobre la mesa. Antes de que Tino llegara a comprender lo sucedido, irrumpió Antoine, para anunciar con muchos ademanes y gran furia francesa, que "ese bribón de Mario se había ido de noche, dejando deudas inmensas y al hotelero apoplético de ira".

Tan consternado quedó el pobre Tino, que no atinó más que a sentarse mientras la tempestad rugía en su alrededor. En efecto, no solamente apareció el camarero, sino la doncella, el cochero y por último el indignado hotelero en persona, todos protestando mientras revisaban las habitaciones, interrogaban al desconcertado niño y se retorcían las manos por la fuga de aquellos pillos deshonestos.

-¡Y tú también, bestezuela, tú también engordaste con mis buenas comidas ! - vociferó el pobre hotelero, mesándose los cabellos con una mano, mientras agitaba el otro puño ante la cara de Tino-. ¿Y quién me pagará por todo lo que comieron, sin mencionar la buena cama, el lavado, las velas y los coches que utilizaron? ¡ Ah, cielos ¿Qué será de nosotros si tales cosas ocurren?

-Querido señor, llévese cuanto poseo : no es más que una guitarra vieja y unas cuantas ropas. No tengo un céntimo, pero trabajaré para usted. Sé limpiar cacerolas y hacer mandados. Antoine, habla en mi nombre; tú eres ahora mi único amigo.

El niño parecía tan honrado, enfermo y patético, al hablar con su vocecita ronca y mirar implorante a su alrededor, que el bondadoso corazón de Antoine le impulsó a aconsejarle que volviera a casa lo antes posible, evitando así nuevas violencias e inconvenientes. Le puso dos francos en el bolsillo vacío, y en cuanto quedó desocupada la pieza, le ayudó a envolver las pocas ropas viejas que le quedaban. Como el hotelero se llevó la guitarra, único objeto al cual podía echar mano, Tino se

llevó menos de lo que poseía al llegar, cuando Antoine lo condujo por la puerta del fondo, con un buen emparedado de carne para desayuno, y le aconsejó que fuera a la plaza para pedir que algunos de los carruajes que partían rumbo a Génova, lo llevara hasta Valrose.



Después de agradecerle mucho, Tino abandonó el gran hotel, sintiéndose demasiado desdichado para pensar en lo que podía ocurrirle, pues todos sus sueños maravillosos quedaban deshechos, como el cesto de porcelana al cual ese personase de las "Mil y Una Noches" dio un puntapié mientras soñaba que era rey. ¿Cómo podía volver a casa enfermo, pobre y abandonado, después de todas las grandezas relatadas en su última carta? ¡ Cuánto se reirían de él los hombres y muchachas de la fábrica ! Cómo agitaría la cabeza Mariuccia, diciendo: "Ecco! ¡Tal como lo predije!" La misma Stella lloraría por él, lamentando verlo en tan triste situación. Y sin embargo, ¿qué podía hacer él? Ya no tenía voz ni guitarra: de lo contrario, podría haber cantado en las calles, y así ganarse el pan diario hasta que sucediera algo. Ahora estaba

completamente desvalido, de modo que, muy contra su deseo, fue a ver si aparecía alguna oportunidad de llegar a su casa.

El día era lluvioso, así que nadie partía para el famoso paseo por el Camino de Corniche. Satisfecho por esta circunstancia, Tino fue a echarse en un banco del café donde a menudo había estado con Luigi. Como le dolía la cabeza y la tos no le dejaba tranquilo. gastó parte de sus fondos en jarabe y agua, a fin de calmar su molestar, y con lo demás pagó una buena comida.

Contó su triste historia al cocinero, quien le permitió dormir en la cocina después de haber fregado cacerolas como pago. Pero nadie lo necesitaba, así que por la mañana, después de una taza de café y un panecillo, vióse arrojado otra vez al mundo. No quiso mendigar, y a medida que se aproximaba la hora de la cena, el hombre le recordó a un humilde amigo, olvidado por él durante sus días de abundancia.

Le encantaba pasearse por la playa, leyendo los nombres de las embarcaciones allí amarradas, pues eran todos nombres de santos, y era casi lo mismo que ir a la iglesia el leer la prolongada lista de San Brunos, San Franciscos y Santa Ursulas. Entre los pescadores, uno siempre tuvo alguna palabra amable para el muchacho, que trataba de navegar o conversar con Marco cada vez que no hallaba nada mejor para entretener sus horas de ocio. Al verse en aprietos, Tino lo recordó y fue a la playa en busca de ayuda, pues se sentía enfermo, así como entristecido y hambriento.

Sí; allí estaba el buen hombre, que comía el pan y los macarrones traídos por su hija, y que con una sonrisa recibió al pobre Tino cuando éste se sentó junto a aquel único amigo para contar su historia.

Marco gruñó dentro de su negra barba y sacudió el cuchillo cuando se enteró de la forma en que había sido abandonado el jovencito. Luego sonrió, palmeó la espalda de Tino, le puso el tazón lleno de comida en una mano y pan en la otra, y lo invitó a comer de manera tan cordial, que aquel modesto alimento le supo mejor que los manjares del hotel.

Un trago de vino tinto animó a Tino, tanto como las bondadosas palabras con que Marco lo invitó a ir con la pequeña Manuela a su casa, donde los esperaba su esposa. Y el niño fue de buena gana, pensando que debía acostarse en alguna parte, porque se encontraba mareado y le dolía el pecho.

La rolliza Teresa lo recibió con amabilidad, lo llevó derecho a la cama en la habitación de su propio hijo, le puso un trapo mojado en la frente, otro caliente en el pecho dolorido, y lo dejó para que durmiera, muy consolado por sus maternales cuidados. Menos mal que aquella alma buena lo amparó, pues le hacía mucha falta su ayuda y mal le habría ido, si aquella humilde gente no lo hubiera recibido.

Por espacio de una o dos semanas, permaneció en la cama de Beppo, ardiendo de fiebre, y cuando pudo sentarse otra vez, se hallaba demasiado débil para hacer otra cosa que sonreír agradecido y tratar de ayudar a Manuela, que remendaba redes. Marco se negó a aceptar su agradecimiento, diciendo

-Las buenas acciones traen buena suerte... ¡Fíjate la pesca que he obtenido todos los días desde que viniste, poverino! He sido pagado con creces, y por ti San Pedro bendecirá mi embarcación.

Tino fue muy feliz en la casita pobre y oscura que olía a cebollas, pescado y alquitrán; y que estaba llena de niños morenos y del constante parloteo de la lengua de Teresa, que cambiaba habladurías con sus vecinas o freía polenta para las bocas hambrientas que jamás parecían satisfechas.

Pero llegó el momento en que Tino pudo andar, y entonces rogó que le dieran trabajo, ansioso de ser independiente y ganar algo, para poder volver a su casa en primavera sin tener los bolsillos vacíos.

-Ya he pensado en ti, hijo mío, así que tienes trabajo fácil y al abrigo, si quieres aceptarlo... Mi amigo Tommaso Neri prepara aquí cerca los sabrosos macarrones, y le hace falta un muchacho que cuide el fuego y vigile al burro que muele. Te dará comida, casa y los jornales que seas capaz de ganarte... ¿De acuerdo?

Tino aceptó agradecido, y tras recibir cariñosos abrazos de todos, un día partió a ver su nuevo alojamiento. Quedaba éste en la parte antigua de Niza: una calle estrecha y sucia, un tenducho con un escaparate colmado de la clase más barata de este alimento favorito de todos los italianos, y detrás de la tienda, una pieza donde una anciana hilaba sentada, mientras dos niñitos jugaban a sus pies con agujas de pinos y pedacitos de mármol.

Un hombre gordo y jovial, de cara brillante y voz sonora, recibió a Marco y al muchacho, diciendo:

-Estoy agotado por el exceso de trabajo, pues el bribón de mi ayudante huyó dejando que se estropeen los macarrones, y que la pobre Carmelita, mi burra, perezca por falta de cuidados... Bajen y contemplen la desolación que aquí reina.

Diciendo esto, abrió la marcha hacia el sótano, donde ardía un pequeño fuego en el horno, y donde un burro viejo y gris daba vueltas y vueltas haciendo girar una rueda, que a su vez ponía en movimiento alguna maquinaria oculta, con lúgubre chirrido. Por muchos agujeros del piso de arriba, surgían largos caños de macarrones, que se endurecían al colgar en el aire caliente, hasta quedar lo bastante tiesos como para ser cortados de a puñados y puestos a secar sobre el horno en bandejas de alambre.

Tino, que nunca había visto preparar los sabrosos macarrones, se interesó mucho en el procedimiento, por más tosco que fuera. En una habitación superior, se revolvía constantemente un gran caldero lleno de harina y agua, volcado luego por la rueda chirriante que la pacient Carmelita haría girar todo el día. El sótano, aunque oscuro, era tibio, de manera que Tino tuvo la sensación de que se encontraría cómodo en él, con el viejo burro por compañero, el jovial Tommaso como amo, y comida suficiente ... pues era evidente que la familia vivía bien, ya que todas las caras veíanse regordetas y brillantes, y las ancianas y niños eran muy alegres.

Allí lo dejó Marco, satisfecho de haber ayudado en lo posible al pobre muchacho, y allí vivió Tino durante tres meses atareado, bien alimentado y satisfecho, hasta que el sol de primavera lo hizo anhelar el aire suave, los verdes campos y los rostros queridos de Valrose. Tommaso, aunque perezoso, era bueno, y si el trabajo del día quedaba concluido a tiempo, permitía que Tino saliera para visitar los hijos de Marco, o a corretear por la playa con los pequeños Jacopo y Seppi. La abuela le daba mucho pan de centeno, vino flojo, y macarrones fritos en aceite; la burra Carmelita aprendió a tenerle cariño y apoyar su cabezota gris en su hombro, agitando gozosa sus largas orejas mientras él la acariciaba. Mientras tanto, semana a semana aumentaban los ahorros guardados en un zapato viejo, escondido tras una viga.

Pero esa vida era aburrida para un muchacho que amaba la música, las flores, la luz y la libertad, y que pronto se hartó de no ver más que una procesión de piernas que pasaban frente a la ventana baja, al nivel de la calle. El chirrido de la rueda no le resultaba tan grato como el repiqueteo del molino de su aldea, y los niñitos gordezuelos que siempre se le trepaban encima, no podían ser para él tan queridos como su hermana Stella y la linda Annina, la hija del vinero de Valrose. Hasta la bondadosa anciana que solía guardarle una naranja y que le regaló para su cumpleaños un vistoso pañuelo de algodón gris, resultaba menos de su gusto que Mariuccia, quien lo adoraba pese a sus regaños y a su severidad.

Por eso fue en busca de viajeros que partieran para Génova, y un día feliz al volver de la iglesia, vio a las dos damas del hotel sentadas bajo sus sombrillas rojas ante

sendos caballetes, junto al camino. Ambas lucían sombreros pardos parecidos a hongos; el viento agitaba los rizos grises de una y otra, y ambas pintaban como si en ellos les fuera la vida, tratando de dibujar bien las ruinas del portal, donde crecían las pasionarias y las rosas, que se asomaban por entre los barrotes.

Como muchos otros transeúntes, Tino se detuvo a mirar, y al levantar la vista para comprobar si admiraba sus obras, las buenas señoras reconocieron a su "San Juan", el lindo muchacho que había desaparecido antes que pudieran concluir los retratos de él ya comenzados.

Tan contentas se mostraron al verlo, que él les abrió su corazón, y con enorme alegría descubrió que una semana más tarde partirían rumbo a Génova, y que con agrado lo llevarían consigo si, mientras tanto, él aceptaba posar para ellas. El accedió, por supuesto, y corrió a su casa para avisar al amo de su partida. A pesar de lamentar su pérdida, Tommaso no intentó retenerlo, puesto que Beppo, el hijo de Marco, se ofreció a reemplazarlo hasta que se encontrara otro ayudante. Es así cómo Tino quedó libre para posar para las señoritas Blair, sentado sobre una piel de oveja, cada vez que lo quisieran.

Aquella semana fue muy dichosa, y cuando al fin llegó el día anhelado, Tino estaba tan contento, que bailó y cantó hasta que el mísero sótano pareció estar repleto de pájaros felices. La pobre Carmelita comió agradecida el repollo que él le ofreció como regalo de despedida; la anciana halló su caja llena de su rapé favorito, y cada niño quedó más brillante que nunca al recibir un nuevo juguete, regalo de Tino. Tommaso lloró estrechándolo en sus brazos gordos, y le dio un paquete de macarrones a medio cocer como recompensa por sus fieles servicios. Por su parte. Marco y toda su familia se instalaron a la puerta del hotel, para ver partir el carruaje.

-Realmente, parece una boda, con tantos azahares y rosas -declaró la señorita Priscilla, cuando Teresa y Manuela arrojaron grandes ramos de flores en sus regazos y besaron las manos de los viajeros.

Orgullosamente sentado en lo alto, Tino agitó el sombrero para saludar a sus buenos amigos hasta que ya no pudo verlos; luego, una vez que acomodó con cierta dificultad el paquete largo de Tommaso, la cesta de pescado de Marco, su propio envoltorio de ropas y el inmenso ramo de flores reunido para él por los niños, se entregó al hechizo de aquel hermoso día de primavera.

Las bondadosas damas, además de regalarle ropas nuevas iguales a las anteriores, le pagaron bien, de modo que Tino sentíase muy satisfecho con sus pintorescos ropajes rústicos. Es que ya estaba harto de las vestiduras elegantes. También hacía tintinear alegremente las monedas que llevaba en el bolsillo, aunque no era la fortuna que tontamente había esperado ganar con tanta facilidad. Volvía más sabio que cuando, seis meses atrás, había recorrido aquel camino en dirección contraria. Por eso decidió que, aun cuando alguna vez recobrara su voz, no se daría prisa en abandonar su hogar hasta estar seguro de lo que le convenía. Su cabeza abrigaba algunas serias ideas y sensatos planes, de manera que guardó silencio y se quedó serio largo rato. Pero pronto el aire delicioso, el maravilloso paisaje y las muchas preguntas de las damas levantaron su ánimo, y se puso a parlotear hasta que se detuvieron para cenar.

Durante todo aquel luminoso día, viajaron por el camino maravilloso, hasta que al caer la noche avistaron a Valrose, que se alzaba en el valle, verde y pacífico, tal como la vieron desde la cima al detenerse para gozar de su belleza. Luego siguieron camino con lentitud hasta llegar a la hostería Falcone. Allí, en cuanto entregaron el equipaje, reservaron habitaciones y pidieron la cena, Tino dijo, temblando de impaciencia:

-Queridas signoras, ahora iré a abrazar a los míos, pero por la mañana vendremos a agradecerles por sus grandes bondades.

La señorita Priscilla abrió la boca para enviar algún mensaje pero Tino ya partía como una flecha, y no se detuvo hasta irrumpir en la cocinita donde Mariuccia pelaba guisantes secos, y Stella acomodaba mandarinas en sus cestitas, para llevarlas al mercado. Como un osito afectuoso cayó el muchacho sobre las dos atónitas mujeres, a quienes abrazó, mientras Stella reía y lloraba, y Mariuccia invocaba a todos los santos para que vieran qué alto, gordo y hermoso había regresado su ángel, y para agradecerles el haberlo devuelto a sus brazos. Los vecinos se apresuraron a acudir, y aquella noche, hasta muy tarde, resonaron muchas voces en la casita de piedra, bajo la vieja higuera.

Todos escucharon con gran interés las aventuras de Tino, a quien brindaron una cariñosa bienvenida. Todos quedaron impresionados por los esplendores vistos por él, afligidos por sus penas y agradecidos por su regreso. Ninguno se burló ni le reprochó, sino que todos lo consideraron una persona muy notable, y predijeron que, recobrara o no su voz, había nacido para la buena suerte y prosperaría. Así fue como, al fin, se acostó en su cama del viejo granero y se durmió bajo la mirada de la misma luna amistosa. Claro que esta vez, la luna vio una cara tranquila, un corazón feliz, y un muchacho satisfecho, contento de estar otra vez a salvo bajo el humilde techo de su hogar.

Por la mañana siguiente, temprano, una, pequeña procesión de tres fue a la hostería Falcone llevando presentes de agradecimiento para las queridas signoras, que sentadas en el pórtico, gozaban del aire perfumado que soplaba desde los campos floridos. Primero apareció Tino, llevando consigo una enorme cesta llena de las deliciosas naranjitas que nunca se saborean a la perfección si no se las come recién arrancadas del árbol; luego Stella, con dos lindas cajas de perfume, y por último la vieja Mariuccia, con un frasco azul de su mejor miel, que era famosa como toda la de Valrose.

Encantadas con tales obsequios, las damas prometieron detenerse a visitar a los donantes, si pasaban por allí a su regreso de Génova. Tino se despidió agradecido de las bondadosas mujeres; Stella les besó las manos, con sus ojos negros llenos de tierno agradecimiento, y Mariuccia rogó a los santos que las protegieran de manera especial, en la tierra y en el mar, por haber cuidado al niño.

Una hora más tarde, al alejarse de la aldea por el empinado sendero, las viajeras fueron sobresaltadas por una súbita lluvia de violetas y rosas, que cayeron sobre ellas desde una alta ladera, junto al camino. Al levantar sus miradas, vieron a Tino y su hermana, que reían, agitaban las manos y les arrojaban flores, mientras gritaban en su musical lenguaje

-¡Arrivederla, signore! ¡Grazie, grazie!

Al fin, el carruaje se perdió de vista cubierto de fragantes violetas y rosas encantadoras, como si fuera Carnaval.

-¡Qué gente simpática! ¡Qué linda manera de hacer las cosas! Ojalá volvamos a verlos. ¿Y llegará a ser famoso ese muchacho? ¡Qué pena, haber perdido esa voz tan dulce! -comentó la señorita María, la más joven de las hermanas, sentada como la otra en un nido de regalos dulces y bonitos.

-Espero que no, pues será mucho más feliz y estará más seguro en este sitio encantador, que vagando por el mundo y viéndose en aprietos, como todos estos cantantes. Por mi parte, espero que tenga la sensatez de contentarse con el lugar que le tocó en suerte -repuso Priscilla, que conocía el mundo y sentía un cariño anticuado y bueno por el hogar y todos sus dones.

Tenía razón : Tino fue sensato, y aunque- más tarde recobró su voz, ya no fue maravillosa, y él se contentó con seguir viviendo en Valrose toda su vida, como un

jardinero atareado, feliz y humilde, que cuando le preguntaban por sus aventuras de fugitivo, solía responder riendo

-¡Ah ya tuve bastante música y macarrones; prefiero mis flores y mi libertad!

FIN